

tro esquinas y el centro. Por la otra, las secuencias establecen no solamente una sucesión temporal, sino también fundan las concepciones cíclicas del tiempo. Como lo ha indicado J. Broda (1991), en el proceso de trabajo hay una observación cuidadosa y racional de la naturaleza, de sus ciclos, de sus variedades, lo que conduce a un conocimiento científico, como se advierte en las grandes proezas técnicas expresadas por los pueblos mesoamericanos en la arquitectura y en la astronomía, en la botánica y en la farmacopea, entre otros campos del conocimiento. Todo este conocimiento, obviamente, se entrama con la cosmovisión, es decir que se transmite en el corpus mitológico y en las concepciones que rodean el trabajo en las milpas.

Las concepciones del cuerpo tienen también una importancia fundamental en la reproducción de la cosmovisión mesoamericana. Ya López Austin en su trabajo ahora clásico *Cuerpo humano e ideología* (1980) ha mostrado que para los nahuas del siglo XVI el universo tiene la forma del cuerpo humano, el cual a su vez constituye el referente para concepciones espaciales, como son las descripciones del paisaje, o de los instrumentos de trabajo, la vivienda misma. Estas propuestas se apuntalan con numerosos ejemplos procedentes de las comunidades contemporáneas de raíz mesoamericana. Por su lado Jacques Galinier (1990) ha mostrado la vitalidad, y la complejidad, de esta cosmovisión entre las comunidades otomíes de la Huasteca en la actualidad.

Las nociones sobre el cuerpo humano en la tradición mesoamericana se transmiten a través de las concepciones sobre las enfermedades y sobre los sentimientos; en los tratamientos que siguen los especialistas, que continúan